
MEMORIA Y RETORNO DE PABLO NERUDA

Victorino Polo García

A no dudarlo, el reciente libro de Jorge Edwards resulta necesario, oportuno y, en todo caso, muy conveniente. Entre otras razones, porque son dos escritores de excelente calidad los que van embarcados en el encuentro, en el viaje y en la tarea denodada de reconstruir la memoria —el esfuerzo corresponde, obviamente, a Edwards en su totalidad— sin caer en las fáciles tentaciones del idealismo perfeccionador del pasado, ni las extrapolaciones u olvidos convenientes. Hay que reconocer, de entrada, la impecable postura y desarrollos del biógrafo, que nada obvia ni en nada se recrea por creerlo conveniente para su figura o para la del poeta muerto y ahora recordado.

Dos escritores de bien lograda fama y reconocimiento, pero de ubicación política no coincidente. Edwards puede ser calificado como liberal de izquierdas. Y Pablo Neruda fue siempre militante del partido comunista. Ahí radicaba el primero de los problemas, resuelto con notable habilidad por el autor de «Adiós, poeta...», sin que nada sufra gratuitamente, con amistad, con rigor y sin ocultismos.

Tampoco ha caído el novelista en la fácil tentación de adentrarse en los caminos que le ofrecía el derrumbamiento del comunismo en los países del Este, la perestroica y otras argumentaciones que, sobre su licitud de utilización, hubieran podido facilitar bazas para el desenganche del Neruda político, cuyas «perplejidades» de final de vida eran bastante obvias no sólo en sus poemas, sino también en sus actitudes vitales como bien queda reflejado en el libro. Jorge Edwards se ha mantenido exquisitamente al margen y ha sido fiel a los hechos, a la memoria y a las implicaciones mutuas de su amistad y relación con Neruda.

El segundo problema era el de la amistad. No hace falta insistir en aquello de «amicus Plato, sed magis veritas». Postulado que Edwards nunca olvida y cuya aplicación resulta otro de los difíciles y compensatorios valores de su libro. En modo alguno sufre la amistad. En modo alguno, tampoco, la verdad sufre. En sus páginas queda perfectamente reflejada la aventura enriquecedora de su amistad, sin obviar los perfiles aristados que en bastantes ocasiones tuvo. Ni hagiografía ni crítica dura fiada a la memoria de «hoy» más que a la fijación del «ayer». Las cosas fueron como se relatan. La consecuencia natural es el engrandecimiento de ambos personajes: el desaparecido, porque ofrece su figura humana mucho mejor perfilado a través de testimonios desconocidos y valiosos; el biógrafo, porque ha sabido mantener unos tonos éticos de difícil tesitura, inusuales cuando se trata de casos como el presente. Para los fariseos y saduceos de la tierra, pudiera parecer que todo queda en componenda de proporcional renuncia: en el pecado llevan la penitencia, porque no encontrarán piedra de escándalo arrojadiza. Por el contrario, para quienes defendemos que la dimensión humana de los escritores es factor importante de convivencia y creación, resulta satisfactorio comprobar que se puede ser un gran escritor, un gran amigo, y hacer que la verdad histórica y personal se revelen sin perfiles deformados y manipulables.

Al cabo, estaba el tercer gran problema previo, de gravitación fuerte: cómo un escritor famoso, coterráneo y amigo afrontaba el «talante creador» de otro escritor mitificado en la historia, en el pensamiento y en la poesía, incluida la carga histórica del Premio Nobel de Literatura. Aquí cabían multiplicidad de perspectivas, todas ellas igualmente problemáticas y sutiles en su capacidad de trampa para el biógrafo. Porque desde «Crepusculario» hasta «Extravagario», pasando por las diversas «Residencias en la tierra» y «Canto general», todo el mundo tiene hoy una idea bastante clara del poeta, la crítica lo ha definido en la

historia y casi nadie se atreve a negar las calidades de gran poeta —no importa el autodidactismo, no importa la falta de sustratos culturales profundos, no importa la ideología dispersa por sus versos— que Pablo Neruda desarrolló a lo largo y ancho de su existencia hondamente vivida y confesada.

Pues bien, es posible que sea en este aspecto donde mejor acierta la pluma y el pensamiento crítico-amistoso de Jorge Edwards, al ponderar con distancia y sensibilidad abierta, al propio tiempo, lo que significó la poesía del nacido en Temuco y, de manera especial, lo que aún y por mucho tiempo —para siempre, me atrevería a decir, si el aserto no fuera una obviedad por lo certero— puede y debe significar su verso para los que gustan de estos campos literarios y también para el común de los mortales, que alguna vez necesitan llevarse una idea a las mientes y experimentar algún sentimiento conmovedor.

Es natural que la dimensión pública política atrajera a muchos seguidores de manera particular: son aquellos para quienes la poesía no pasa de ser un testimonio apto para la lucha diaria. Y está bien que así sea, pero no basta el lance, porque apenas se separa del panfleto. Quienes así piensan, tienen bastante cancha para la lectura y la reflexión. Pero no es lo importante.

También es lógico que algunos, muchos, esperen una serie de revelaciones más o menos desconocidas y «escandalosas» de la vida particular, amistosa y amorosa de Neruda, el que tanto vivió y pregonó. Igualmente éstos encontrarán huellas para sus caminos. Pero están los terceros, aquellos que esperaban una elucidación distinta y complementaria de su obra poética, de su pensamiento creador, de las coordenadas en las que se movió para escribir y que su escritura fuera algo más que testimonio de lucha, pasajero, testimonio de vitalidad, borrado en la historia.

Para éstos hay abundante material reconocible, sobre la base de que Edwards hace la crónica escrupulosa de una amistad, a cuyo través aparecen datos culturales y de todo tipo referidos a los ambientes chilenos de la época retratada que, por ampliación obligada, se extienden a otras latitudes, incluida la Europa que vivió Neruda y sus circunstancias. La intelectualidad chilena, la evolución interno-externa del poeta, así como la declaración pormenorizada de la postura personal de Edwards, constituyen los capítulos posibles del libro, a través de un relato en modo alguno novelado, pero en posesión de un lenguaje que no es sólo el de las memorias al uso: trasciende sus esquemas y alcanza cotas de creatividad auténticamente narrativas, sin olvidar jamás el terreno en cuyos límites se mueve. Es indudable que Jorge Edwards ha sacrificado bastante de su imaginación crítica, en aras de la credibilidad y la verosimilitud de cuanto se ha propuesto contar.

Decía que las dos figuras salen bien dibujadas del encuentro y la palabra. Pero es el poeta quien merece las atenciones, ya que se trata de ver la personalidad del autor de «Veinte poemas de amor» y una canción desesperada a través del prisma de la amistad y la memoria del narrador también chileno. Y es lo cierto que, según me parece, dos son las propuestas ofrecidas por Edwards al lector. Primera, que consideremos una nueva manera de contemplar al poeta del «Canto General», una vez pasados los años, con la perspectiva suficiente, pero antes de que los tiempos y el olvido hayan dado al traste con muchas de las cosas que deben permanecer inolvidables. Segunda, una revisión crítica, objetiva y cercana a la vez de los versos de Neruda.

Me interesa mucho la primera, porque la memoria colectiva suele ser frágil y tornadiza, como

MEMORIA Y RETORNO DE PABLO NERUDA

Victorino Polo García

lo demuestra el hecho de la escasa atención que en los últimos tiempos despierta la figura del poeta chileno, otrora tan alabado por casi todos. Es curioso que sus mismos correligionarios hayan pasado de la devoción a la indiferencia casi sin transición. *¡Sic transit gloria mundi*, que decía el clásico! Por ello me parece oportunísimo el libro de Edwards, para que los perfiles humanos profundos, contradictorios, vitales y evolucionados del poeta vuelvan a ser objeto de atracción para los innumerables lectores que, cabe suponer, todavía tiene.

Sin embargo, aprecio mucho más la segunda propuesta, aquella que incita de nuevo a la lectura o relectura de los textos nerudianos, una vez pasado Pinochet, una vez



desaparecido el mundo en el que tanto creyó y del que tanto desconfió a los finales de sus días, no de vino y rosas precisamente. Y en este sentido, me parece que Jorge Edwards ha realizado un gran esfuerzo por colocar ante nuestros ojos la dimensión ciclópea de la poesía nerudiana, su profundo instinto de inspiración, la sorprendente capacidad de lengua creadora, el torrente de música y ritmo, la profunda emoción transmitida a través de todo lo que toca con su verbo cálido. La incitación por contemplar y leer de nuevo al poeta universal e inmarginable, constituyen, a mi entender, las dos raíces que han hecho germinar en frutos excelentes el libro «Adiós, poeta...». Bienvenido, pues, a nuestras manos por el doble placer asegurado y prometido: la lectura de un bien cortado texto en prosa, equidistante la memoria de la narración, así como las lecturas que habrán de venir sobre los textos esplendorosos de Pablo Neruda, el poeta del adiós y del recuerdo.

Jorge Edwards: «Adiós, poeta...». Ed. Tusquets. Barcelona, 1990.